

LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS EN LA COMUNIDAD CRISTIANA, HOY

En primer lugar, voy a analizar brevemente el marco sociocultural y las actitudes más generalizadas ante la Unción. A continuación me centraré en la Unción como sacramento específico de la enfermedad (dimensión antropológica del sacramento). En tercer lugar, trataré de la Unción como sacramento del encuentro sanador del enfermo con Cristo (dimensión cristológica). Finalmente, hablaré de la Unción, sacramento de la comunidad (dimensión eclesial).

Dedicaré una especial atención a las acciones que las comunidades cristianas han de emprender para renovar el sacramento de la Unción y la Pastoral de Enfermos.

1 La Unción de Enfermos, un sacramento temido y olvidado

AL PLANIFICAR la renovación del sacramento de la Unción en nuestras comunidades cristianas, conviene tener en cuenta los datos del contexto sociocultural en que se celebra, de las actitudes ante el mismo y su forma de celebrarlo en la actualidad. Señalaré, en primer lugar, aquellos que considero obstáculo, a la vez que ocasión, para esa necesaria renovación, y a continuación aquellos que pueden facilitar la recuperación de este sacramento.

1. Los cambios socioculturales han incidido de manera clara en la forma de ver las realidades de la enfermedad, el sufrimiento y la muerte. Vivimos en una sociedad que valora la vida y la salud por encima de todo y vive de espaldas a la enfermedad, el sufrimiento y la muerte. No se sabe cómo afrontarlas, ponen en crisis muchas cosas, no se les ve un sentido y una posibilidad de enriquecimiento humano y espiritual. El enfermo, por ello, se encuentra a solas con la realidad, sin que sus allegados y los que le asisten se atrevan a compartir con él la verdad, a comunicarse en profundidad, a ofrecerle las ayudas de la fe, por temor a que se asuste.

2. La Unción es el sacramento temido por muchos enfermos y familias, ya que lo ven como un anuncio de la muerte, como la «puntilla», una especie de pasaporte para la otra vida. Y el sacerdote es visto como «el mensajero de la muerte», cuya presencia infunde miedo y asusta.

Esta imagen es la consecuencia de una pastoral que administraba el sacramento sólo a los moribundos, presentándolo como extrema-unción y como los últimos auxilios que se ofrecen al que va a partir, cuando ya la medicina no tiene nada que hacer.

Esta visión caricaturizada del sacramento está motivando todavía el que familias creyentes y practicantes retrasen la llamada al sacerdote hasta que el enfermo ha perdido el conocimiento, o dificultan el acercamiento del sacerdote por temor a que el enfermo vaya a asustarse.

3. La celebración de la Unción ha experimentado cambios muy significativos. Antes, sobre todo en el medio rural, era pedida por todos y celebrada con devoción y respeto con la presencia de toda la familia, de los vecinos y de miembros de la comunidad. Era como una invitación a la solidaridad con el que estaba afrontando el momento más decisivo de la propia vida. Al propio tiempo, el clima religioso y dramático que se creaba imponía una saludable reflexión sobre la vida futura y la necesidad de prepararse para ese momento.

Hoy, el sacramento, cuando es solicitado, se celebra en la intimidad, con la presencia tan sólo de la familia más allegada del enfermo, sin la presencia de la comunidad. Y esto no sólo en el hospital, sino también en la casa del enfermo. El sacramento, celebrado de esta forma, ha favorecido una concepción «privatizada» del mismo.

4. La Unción ha cambiado de escenario. Antes fue la casa, para la mayor parte de los enfermos. Hoy es el hospital. Sus condiciones no facilitan, sino que dificultan, la celebración del sacramento; el paso rápido de los enfermos no permite conocerles y acompañarles en su itinerario de fe; la falta de intimidad, al estar el enfermo en su habitación o sala con otros enfermos, no permite el diálogo sereno con él; la escasez de agentes de pastoral y la masificación de los hospitales hacen imposible poder atender debidamente la multiplicación de situaciones que se presentan; finalmente, en el ambiente tecnificado y secularizado del hospital moderno, el rito de la Unción aparece como algo extraño y desfasado, sobre todo si tenemos en cuenta la forma, a veces mecánica, de administrarla, sin la debida preparación, consciencia y participación, tanto del enfermo como de los que le rodean.

5. La Unción es uno de los sacramentos menos estimados y más olvidados en nuestra Iglesia. Ocupa un lugar insignificante en la investigación de nuestros teólogos y en la enseñanza, como se comprueba fácilmente al hojear los libros y revistas y constatar lo que se publica en ellos o en los programas de formación; no figura en los planes de pastoral de las parroquias; en las catequesis, cuando se aborda, se hace muy de pasada.

6. Pero hay también, en el análisis que estamos haciendo de la realidad, una serie de hechos de gran relevancia

de cara al futuro de la Unción en nuestras comunidades cristianas. Son, entre otros, los siguientes:

- La publicación del nuevo Ritual de la Unción y de la Pastoral de Enfermos y sus valiosas orientaciones, que reflejan un profundo cambio teológico y pastoral del sacramento.
- Una mayor sensibilidad y preocupación de las parroquias y demás comunidades cristianas por el mundo de los enfermos, y un fuerte resurgir de grupos de pastoral de enfermos, sobre todo a raíz de la celebración del Día del Enfermo en la Iglesia española, a partir del año 1985.
- Una mayor preparación de los agentes de pastoral sanitaria, especialmente de los capellanes, cuya forma de trabajar va cambiando su imagen de mensajeros de la muerte por la de amigos de la vida.
- La renovación de la asistencia religiosa en los centros hospitalarios, que se concibe y va siendo una acción evangelizadora, integrada en la atención hospitalaria y abierta a la colaboración con otros servicios, organizada en equipo y coordinada con la pastoral sanitaria en las parroquias.
- Las celebraciones comunitarias de la Unción se van extendiendo poco a poco, tanto en las parroquias como en los hospitales. En un cuestionario sobre la pastoral de enfermos en las parroquias, contestado por 2.070 de toda España, el 22,3 por 100 celebra la Unción comunitaria una vez al año, el 1 por 100 varias veces y el 71,03 todavía no lo hace.

A pesar de estos avances indudables, la renovación de la Unción de enfermos en sus aspectos doctrinales y prácticos es tan sólo una tarea iniciada y pendiente, que exige el esfuerzo y la entrega de sacerdotes, fieles, comunidades cristianas, teólogos, catequetas y pastoralistas para hacerla realidad un día. Es urgente una evangelización y catequesis que ayude a los fieles a descubrir el significado de la Unción y a celebrarla con fe consciente y con sereno abandono en la misericordia del Padre.

2 La Unción, sacramento de enfermos y no de moribundos

UNO DE LOS CAMBIOS fundamentales en la comprensión y en la práctica del sacramento es su inserción en la vida del cristiano en un momento concreto, como es la hora de la enfermedad. El uso lo había reservado frecuentemente a los moribundos. De ahí su nombre de Extrema-unción.

El Concilio Vaticano II y la Constitución apostólica de Pablo VI, que promulga el nuevo Ritual Romano, devuelven este sacramento a sus primeros destinatarios, los enfermos. «La Iglesia entera —dice la Lumen Gentium— encomienda al Señor paciente y glorificado a los que sufren, con la sagrada unción de los enfermos y con la oración de los presbíteros, para que los alivie y salve» (LG 11). Y en la constitución sobre la Sagrada Liturgia dice: «La extremaunción, que también, y mejor, puede llamarse unción de enfermos, no sólo es el sacramento de quienes se encuentran en los últimos momentos de su vida. Por tanto, el tiempo oportuno para recibirlo comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o por vejez» (SC 73).

Las orientaciones doctrinales y pastorales del Episcopado español muestran aún con mayor claridad este cambio. «La Unción —dicen— es el sacramento específico de la enfermedad y no de la muerte. De acuerdo con la doctrina del Concilio Vaticano II, el Rito de la Unción está concebido y dispuesto para tal situación, como lo demuestra el cambio de fórmula sacramental y el resto de las oraciones, orientadas, conforme a la más genuina tradición, hacia la salud y el restablecimiento del enfermo. La neta distinción establecida con el Viático, como sacramento del tránsito de esta vida, ayuda a situar la santa Unción en su justo momento» (RU 65).

«La Unción es sacramento de enfermos y de vida» (RU 66), «para ayudar a vivir la enfermedad conforme al sentido de la fe» (RU 68).

«No es, de ningún modo, el anuncio de muerte, cuando la medicina no tiene ya nada que hacer» (RU 67).

2.1 Factores que han influido en el cambio

EL padre ORTEMANN expone los factores que han influido para poner en causa la enseñanza recibida y la práctica secular de la Iglesia latina:

1 Consideraciones de orden pastoral. La relación Unción-muerte ha suscitado en los enfermos y en sus allegados una serie de sentimientos y comportamientos que dificultan o impiden la celebración del sacramento. Los familiares no se abren a proponer al enfermo que lo reciba, para disimular su gravedad y por miedo a asustarlo. Para el enfermo, pedir la Unción significa la certeza de la muerte, y abdicar del deseo de vivir y de la esperanza de vencer el mal. Por eso existe una tendencia a no pedirlo hasta que el enfermo está ya inconsciente o en la agonía. Hay ocasiones en que se pide cuando ya está muerto. ¿Qué sentido puede tener para un creyente un sacramento que es incapaz de recibir conscientemente?

2 Los progresos de la moderna medicina. Antiguamente la mayoría de las enfermedades graves eran mortales. Hoy, los progresos de la medicina, la mejora general del nivel de vida y de las condiciones de higiene han

disminuido la mortalidad de muchas enfermedades, han evitado la muerte a enfermos que permanecen de un modo crónico en inferioridad de condiciones y han permitido la supervivencia prolongada a personas afectadas por graves enfermedades. Estas personas tienen unas necesidades espirituales peculiares. A estos enfermos no estaría destinada la Unción como sacramento de moribundos. Sin embargo, sí como sacramento de enfermos.

3 Un mejor conocimiento de la tradición. Los textos de la antigüedad cristiana no nos muestran la Unción como un rito preparatorio para la muerte. Jamás se menciona como sujeto a los moribundos o a los enfermos en peligro de muerte. El óleo es bendecido para curar todo tipo de enfermedades. De la Unción se espera, ante todo, la curación corporal.

La Unción empieza a ser vinculada a la penitencia de moribundos y a ser, por ello, administrada a los enfermos en peligro de muerte.

Esta vinculación provocó un cambio profundo en lo referente al sujeto y a la forma de concebir el significado y los efectos de la Unción. El sujeto pasó a ser solamente el enfermo en peligro de muerte, y la Unción, una preparación para la muerte y el rito de reconciliación de moribundos. En el siglo XII la Escolástica consagra esta evolución, y la Unción pasa a ser el sacramento de los moribundos. Esta concepción persistirá hasta los dos años del Vaticano II, tanto en la teología como en la práctica pastoral del sacramento.

A partir de la Segunda Guerra mundial, los liturgistas y los pastoralistas iniciaron en distintos países una serie de trabajos encaminados a restaurar la concepción y la práctica del sacramento de los enfermos, vigentes en la Iglesia primitiva: dejaron de considerar el peligro de muerte como condición para recibir la unción, al mismo tiempo que insistían más en el efecto corporal 1.

2.2 Un sacramento para la situación de enfermedad: ¿por qué?

ENFERMOS/TESTIMONIOS TTNOS-ENFERMOS ENFERMEDAD/CRISIS:

LA ENFERMEDAD es una de las situaciones críticas de la vida en que el cristiano necesita una ayuda especial del Señor y de la comunidad cristiana para poderla vivir humanamente y desde el evangelio. «El hombre, al enfermar gravemente, necesita una especial gracia de Dios, para que, dominado por la angustia, no desfallezca su ánimo, y sometido a la prueba, no se debilite su fe» (RU 5).

«La enfermedad —como dice el documento de la Comisión episcopal de Pastoral La asistencia religiosa en el hospital— es una experiencia decisiva en la vida de cualquier ser humano. Afecta a toda la persona, ya que, cuando uno enferma, enferma en su totalidad y entra en un mundo diferente del habitual y cotidiano. El equilibrio que caracteriza el estado de salud se rompe, y el enfermo entra en una crisis, cuyos rasgos más importantes se describen a continuación» (ARH 3).

«La enfermedad provoca una convulsión del mundo interior de quien la padece. El cuerpo se vuelve un compañero molesto y rebelde, desconocido y amenazador, y el enfermo se ve obligado a prestarle mucha más atención que cuando estaba sano» (ARH 4).

El dolor que te hiere la carne y te mata el ánimo; que te arranca del fondo el llanto, y te hunde en un pozo de pesadillas y espanto.

El dolor que te borra la risa y te siembra un grito amargo.

El que hace que sientas la angustia de pensar en la vida, y sentir el fracaso de no poderlo vencer, de no poder callarlo.

Tan horrendo, tan inhumano, que te quema la sangre...

¡Qué cobarde..., qué ingrato...!

Yo lo siento, lo vivo, y no puedo matarlo...

Y en medio de sus redes, en Dios, confío y callo.

(HIERBA BUENA, Enferma de cáncer.)

«La enfermedad suscita la experiencia de la propia limitación y fragilidad (in-firmitas), experiencia que obliga a cuestionar la imagen y la estima que uno tenía de sí mismo antes de enfermar. No somos nadie, confiesan con frecuencia muchos enfermos» (ARH 4).

Hace nueve meses que empezó mi calvario. Después de un largo vía crucis por hospitales y quirófanos, alternando con épocas de vida normal, tuve que sufrir la amputación de una pierna a causa de una enfermedad de las arterias. Se adueñó de mí una gran desolación, una gran pena y una gran compasión de mí mismo. Me costó muchas lágrimas hacerme a la idea de ver ante mí una vida inútil, una existencia sin ilusiones, un porvenir lleno de amargura. Me veía convertido en un trasto inservible, que sólo podría moverse a voluntad de los demás. En el mejor de los casos me veía atado para siempre a una silla de ruedas. Es difícil, por no decir imposible, describir la amargura que sentí cuando estaba postrado, meses y meses, con escasa esperanza, en la cama de un hospital. Creí ciertamente que la sonrisa se había borrado para siempre de mi boca (G. TRUJILLO. Madrid).

«La enfermedad afecta también a las relaciones y a la comunicación entre el paciente y su mundo circundante: la familia, las amistades, el trabajo, la sociedad entera. Obliga al enfermo a replegarse en sí mismo, a la vez que le lleva a observar a los demás con máxima atención, por saberse y sentirse mucho más dependiente de ellos. Esta sensación de dependencia modifica profundamente dichas relaciones, y a menudo le resulta al enfermo muy penosa» (ARH 5).

Cuando me di cuenta, renta el organismo completamente destrozado y, francamente, cuando veo las caras tristes de mi familia, de mis hijos, mi marido, aparte de verme incapacitada para hacer las tareas comunes del hogar... esto me hace sufrir. A veces incluso, digo: «Dios mío, ¿por qué estoy yo en el mundo, por qué no me llevas, si soy una carga para los demás?» Sin embargo, eso a mis hijos y a mi marido, que son personas formidables, les hace sufrir tremendamente y, riñéndome, me dicen: «Tú no eres una carga para nosotros». Pero yo sufro y, en mi interior, me digo muchas veces: «Dios mío, valdría más que me muriera de una vez». Un día me da un mareo, otro un coma, otro... (MARÍA DOLORES. Diabética. El Ferrol) 2.

La enfermedad no es, pues, un episodio intrascendente. Es un parón obligado y doloroso en el correr de la vida. De no tener tiempo para nada, el enfermo pasa a disponer de mucho tiempo para pensar y reflexionar. Surgen entonces casi inevitablemente las

preguntas: ¿Qué sentido tiene mi vida?, ¿por qué he caído enfermo?, ¿por qué me ha tocado a mí?, ¿qué he hecho yo para acabar así?, ¿qué sentido tiene sufrir como estoy sufriendo?, ¿cómo puede Dios permitir esto?, ¿por qué, Señor?» (ARH 6).

«Sólo el hombre, cuando sufre —dice Juan Pablo II en la Salvifici doloris—, sabe que sufre y se pregunta por qué, y sufre de manera humanamente más profunda si no encuentra una respuesta satisfactoria» (SD 9).

Ante una enfermedad como el cáncer, el planteamiento de mi vida se derrumbó: desde mi relación personal con Dios hasta mi trabajo y mi vida de relación con los demás. Yo dejaba de ser un hombre con una vida por delante, para entrar en el mundo de lo condicional: «... si vivo». Esto me suponía una limitación muy grande para mirar mi vida con un poco de alegría. La tentación de rebeldía era una constante en aquellos primeros meses ante el hecho de mi enfermedad: ¿Por qué tenía que ser yo, a los cuarenta y un años...? (JAVIER. Bilbao) 3.

«La experiencia de la enfermedad es ambigua: puede hundir y destruir a la persona que la padece, o ayudarla a crecer y madurar; encerrarla en sí misma o servirle de ocasión para abrirse y entregarse a los demás; alejarle de Dios o acercarle más a El. En uno u otro sentido, marca la vida del ser humano» (ARH 7). La enfermedad, pues, se impone como algo inevitable y malo contra lo que hay que luchar con todas las fuerzas y medios al alcance, pero también como un desafío a la libertad que puede asumirla, consciente y responsablemente, y cambiarle de signo, confiriéndole un sentido. La diferencia que va del dolor que tiene sentido al dolor absurdo y destructivo ha sido bellamente expresada por uno de nuestros poetas: (PO/DOLOR/MACHADO DOLOR/POEMA)

Eran ayer mis dolores como gusanos de seda que iban labrando capullos, hoy son mariposas negras.
¡De cuántas flores amargas he sacado blanca cera!

¡Oh tiempo en que mis pesares trabajaban como abejas!
Hoy son como avena loca o cizaña en sementera, como tizón en espiga, como carcoma en madera.

¡Oh tiempo en que mis dolores tenían lágrimas buenas
y eran como agua de noria que va regando la huerta!
Hoy son como agua de torrente que arranca el limo a la tierra.

Dolores que ayer hicieron de mi corazón colmena, hoy tratan mi corazón
como a una muralla vieja;
quieren derribarla y pronto, al golpe de la piqueta.
(-MACHADO-A, Soledades 86)

Resumiendo, la enfermedad constituye una crisis global para el ser humano, más o menos dramática según la gravedad o duración de la misma, y una prueba para la fe. Por ello reclama una atención integral al paciente que la sufre para que pueda restablecerse o asumir sanamente la enfermedad, luchar contra la muerte o aceptarla y vivirla con dignidad, cuando llega.

El enfermo cristiano, obligado a reconsiderar y reorganizar su existencia en función de su nueva situación, requiere, junto a la normal atención médica, la presencia fraternal de la comunidad, la oración común, la luz de la palabra de Dios, la presencia del Señor y de su Espíritu, el sacramento de la Unción, para
- afrontar su enfermedad con realismo y asumirla con paz con todas sus consecuencias;

- recuperar la comunicación con los demás y acrecentarla;
- mantener la serenidad, la paz y la esperanza;
- comprender que, en el peor de los supuestos, no va hacia la nada;
- descubrir el amor de Dios que le ilumina con su Palabra y le robustece con su Fuerza;
- descubrir ahí la presencia de Jesús, que sigue sanando, cargando con nuestras enfermedades y dolencias;
- descubrir una nueva posibilidad de ser útil; evangelizar desde la enfermedad.

LA VISITA DEL ÁNGEL DEL DOLOR

El ángel del dolor visitó (en noviembre) mi casa.

Era hermoso y radiante.

Era hijo de Dios.

Era, aunque no lo creáis, el más alegre de cuantos conocí.

Entró en mis jardines y acarició mi sangre.

Riéndose cortó una de mis alas de trabajo y de prisa
pero dejó intactas las de la ilusión y el coraje.

Me dijo:

Ahora empieza la segunda parte de tu vida,
gemela a la otra, aunque algo tartamuda.

Vive. No gastes tus horas en hacerte preguntas.

Reordena tu escala de valores.

Pon en primera fila la amistad

(tras de la fe, se entiende)

y recuerda que Dios es bueno,

que el hombre es mucho mejor de lo que él cree,

que el mundo está bien hecho

y que vas a vivir hasta los topes el gozo mientras vivas

porque resulta

que el ángel del dolor y el ángel de Belén son el mismo.

J. L. MARTÍN DESCALZO 4

2.3 Acciones de la comunidad cristiana para recuperar la Unción como sacramento de los enfermos

LA RENOVACIÓN de la Unción como sacramento para vivir la enfermedad en la fe y desde la fe implica unas acciones pastorales que han de tener muy en cuenta todas las comunidades cristianas.

1ª. EDUCAR PARA VIVIR LA SALUD Y LA ENFERMEDAD

Hoy se hace especialmente necesaria esta educación, ya que estamos en una sociedad del bienestar que exalta el valor de la salud física y mental, del vigor y de la belleza corporal, hasta tal punto que margina y quiere ignorar la realidad humana de la enfermedad, del dolor y de la muerte. El hombre de hoy, incluido el creyente, no está preparado para asumir la enfermedad en su propia vida o en la de los suyos.

Afrontar la realidad del enfermar y del dolor de forma madura, cuando se presentan, no se improvisa: requiere una preparación previa. «La Iglesia ha de asumir la tarea de educar para vivir con sentido la salud, la enfermedad y el morir, lo mismo que se ocupa de educar para la paz, el amor y otras realidades de la vida» 5.

La comunidad cristiana está llamada a ayudar al hombre actual a entender lo que es la salud integral, a buscarla y disfrutarla gozosamente, a conservarla y promocionarla, puesto que se trata de un bien de gran valor, aunque no sea absoluto, y de un don de Dios. Actuando de esta forma, manifiesta y significa la salvación de Dios, ya que «entra en sus planes el que el hombre luche ardentemente contra cualquier enfermedad y busque solícitamente la salud» (RU 3).

La comunidad cristiana está llamada también a educar al hombre para afrontar la realidad del enfermar, del sufrir y del morir, ayudándole a:

- tomar conciencia de que forman parte de la condición humana;
- descubrir su sentido profundo;
- vivir los valores que la enfermedad pone a prueba (la solidaridad, la unión, el servicio mutuo, la generosidad, el aguante...);
- cultivar y fomentar aquellas actitudes que facilitarán en su momento la vivencia de esas realidades (aceptación de nuestros límites, entereza en las pruebas, el amor...);
- estar abierto a las mismas ya desde niño;
- hacer de la enfermedad de los que están con él una ocasión de enriquecimiento y de aprendizaje, etc.

La comunidad cristiana, sin necesidad de inventar cauces nuevos, puede desempeñar esta actividad pastoral de educar, utilizando bien aquellos que ya existen, talos como:

- La predicación ordinaria de la Iglesia, aprovechando los tiempos litúrgicos y los textos bíblicos más apropiados, que pueden ofrecer la oportunidad para hablar...
- Las reuniones de estudio y reflexión de pequeñas comunidades, de movimientos apostólicos y de asociaciones de caridad.
- Las celebraciones comunitarias por los enfermos y con los enfermos en santuarios, peregrinaciones, reuniones periódicas de enfermos... (RU 50).
- La Catequesis de niños y de jóvenes, así como la enseñanza religiosa en los colegios.

2ª. PROMOVER UN CAMBIO DE MENTALIDAD EN EL PUEBLO DE DIOS ACERCA DE LA UNCIÓN DE ENFERMOS MEDIANTE UNA ADECUADA CATEQUESIS A SANOS Y ENFERMOS

La nueva concepción del sacramento exige un cambio de mentalidad en los fieles y en los pastores, que ha de ser promovido con decisión, prudencia y delicadeza, evitando los extremismos mediante una catequesis a sanos y enfermos. «Este proceso de mentalización es siempre lento y dificultoso, pero es necesario... y urgente iniciarlo y proseguirlo» (RU, 49 y 50).

Los temas, en los que ha de insistir la catequesis, son los siguientes:

- El misterio de la enfermedad (RU 47), pues para comprender el significado de la Unción hay que comprender el significado de la enfermedad.
- «La Unción, sacramento de enfermos y sacramento de vida, expresión ritual de la acción liberadora de Cristo que invita y al mismo tiempo ayuda a participar en ella» (RU 66).
- Los destinatarios de la Unción: «La Unción está destinada a los que se encuentran afectados por la enfermedad y no a los moribundos...; en esa especial situación de ansiedad y prueba, el hombre necesita verse robustecido con el sacramento de la Unción y ayudado con la gracia del Espíritu Santo» (RU 47)
- «El cuidado de los enfermos» (RU 50a).
- «La obligación de atender a los enfermos..., cometido de todos y cada uno de los componentes de la comunidad cristiana» (RU 47).

Son destinatarios de esta catequesis todos los miembros de la comunidad cristiana: los pastores han de ser los primeros (RU 49); los miembros más directamente implicados en el cuidado material y espiritual de los que sufren y los equipos y los que les rodean (RU 17); cuantos les asisten (RU 13); y todos los fieles cristianos (RU 13 y 47). Los objetivos a conseguir en la catequesis son, entre otros: que los cristianos «soliciten la Unción y, llegado el tiempo oportuno de recibirla, puedan aceptarla con plena fe y devoción de espíritu, de modo que no cedan al riesgo de retrasar indebidamente el sacramento; que puedan participar activa e inteligentemente en los sacramentos que la Iglesia pone a su disposición» (RU 13 y 47); que las familias y el personal sanitario, especialmente el de enfermería, descubran las necesidades espirituales del enfermo para que en el tiempo oportuno pueda celebrar la Unción como un acto libre y responsable.

RUDESINDO DELGADO

LA UNCIÓN DE ENFERMOS EN LA COMUNIDAD CRISTIANA, HOY
Cátedra de Teología Contemporánea - Colegio Mayor CHAMINADE. Madrid 1988

-
1. ORTEMANN, C.: El sacramento de los enfermos. Marova 1973, pág. 67.
 2. VICO PEINADO, J.: Profetas en el dolor. Ed Paulinas, 1981, pág. 32.
 3. VICO PEINADO, J.: Profetas en el dolor. Ed Paulinas, 1981, pág. 37.
 4. MARTÍN DESCALZO, J. L.: La visita del ángel del dolor. Pliego «Vida Nueva», nº. 1.581.
 5. Evangelización y hombre de hoy. Congreso Edice 1986, página 435.

La Unción, sacramento del encuentro en la fe con el Señor resucitado, Médico y Paciente

«LA IGLESIA unge a los enfermos y ora encomendándoles al Señor doliente y glorioso para que les alivie y les salve, exhortándoles también a que, asociándose libremente a la pasión y muerte de Cristo, colaboren al bien del Pueblo de Dios» (RU 5). «La Unción es sacramento de vida, expresión de la acción liberadora de Cristo que invita y al mismo tiempo ayuda al enfermo a participar en ella» (RU 66).

«En la Santa Unción, que va unida a la oración de la fe, se expresa ante todo la fe que hay que hacer suscitar tanto en el que administra como, de manera especial, en el que recibe el sacramento; pues lo que salvará al enfermo es su fe y la de la Iglesia que mira la muerte y resurrección de Cristo de donde brota la eficacia del sacramento» (Sant 5,15) (RU 7).

3.1 La Unción, sacramento del encuentro con el Señor resucitado, Médico y Paciente

LA UNCIÓN, como el resto de los sacramentos, es un encuentro privilegiado del creyente con el Señor resucitado, con el Cristo Médico y Paciente que aparece en los Evangelios.

Jesús se nos muestra en los Evangelios —como dice el documento de la CEP, La asistencia religiosa en el hospital— como un hombre que ama intensamente la vida, con una profunda alegría interior... Jesús no ama el sufrimiento ni lo busca, pero sabe aceptarlo, cuando lo encuentra en su propia vida, y lo asume activamente como la ocasión más realista de mostrar su amor y confianza total en el Padre y su solidaridad y amor incondicional a los hombres. La experiencia del sufrimiento no le endurece ni le encierra en sí mismo, antes bien le hace sensible al dolor ajeno y capaz de «auxiliar a los que se ven probados» y de identificarse con todos los que sufren (ARH 27).

Jesús está cerca de los enfermos..., busca el encuentro personal con ellos. Les acoge, escucha, comprende, interpreta sus deseos, les infunde fe, aliento y esperanza. Les ayuda a descubrir que no están solos y abandonados de Dios, les ayuda a creer de nuevo en la vida, la salud, el perdón y la reconciliación con Dios..., estimula su protagonismo y los reintegra en la vida social (ARH 30-32). Jesús cura-sana-salva a la persona entera, le ofrece en la curación corporal la sanación interior de la persona; la libera de la culpa y la reconcilia con Dios, la abre al mensaje de la Buena Nueva..., le devuelve la paz y la salvación total de parte de Dios (ARH 33).

Hoy, Jesús el Señor, por su Espíritu y gracias a un gesto sensible y visible de la Iglesia —la Unción y la oración de fe—, sigue estando junto a cada enfermo, como compañero de viaje que comparte su existencia, la ilumina y la llena de sentido, asume y estimula su

deseo de curarse dándole una significación más profunda, le infunde aliento, coraje y paciencia en la lucha por su curación, le consuela en la angustia y robustece en la inseguridad, le ayuda a sobreponerse ante la situación irremediable y a asumirla con entereza, despierta su confianza en el Padre y renueva su capacidad de seguir amando a Dios y a sus hermanos aun en medio del dolor. Jesús le comunica la gracia del Espíritu Santo, el don por excelencia con el cual el hombre entero es: ayudado en su salud confortado con la confianza en Dios, robustecido contra las tentaciones del enemigo y la angustia de la muerte, de tal forma que pueda: no sólo soportar sus males con fortaleza, sino luchar contra ellos e, incluso, conseguir la salud, si conviene para su salvación espiritual, asimismo le concede, si es necesario, el perdón de los pecados y la plenitud de la penitencia cristiana (RU 6).

El sacramento de la Unción proclama y celebra este encuentro sanador del enfermo con Cristo resucitado, Médico y Paciente. La sanación-curación que aporta no es la simple restitución del equilibrio biológico anterior a la enfermedad, ni una vuelta al tipo de existencia anterior, sino una vida nueva, una visión nueva y más profunda de sí mismo, del mundo, de las relaciones con los demás, de la existencia, de los valores y de Dios. Por la presencia eficaz del Espíritu de Jesús, la enfermedad pierde su carácter más duro, desesperado y lacerante; pierde su aguijón y puede convertirse para el que la padece en una ocasión de enriquecimiento interior y de empezar una vida nueva, en una oportunidad de entrar en comunión más profunda con los otros y con el mundo y de purificar su visión de Dios y su relación con Él.

El sacramento de la Unción de los enfermos me ayudó a conseguir esta aceptación. La preparación fue muy importante, no sólo porque acentuaba el luchar para vivir, sino también porque fue una preparación en comunidad, un compartir la fe en la misma experiencia, experiencia que estaba viviendo sola en los años pasados. La gracia del sacramento me permitió dejar atrás la preocupación por la enfermedad, el miedo a la muerte y me devolvió la serenidad. Esta vez lo pude expresar en comunidad (B. CHEGUILLAUME. Valencia) 6.

3.2 La Unción, encuentro con Cristo en la fe

UNE/LO-QUE-NO-ES: LA UNCIÓN no es un rito mágico con el que se manipula lo sagrado y al que es suficiente someterse para recibir un bien misterioso. No es un remedio extraordinario-milagroso ni unrival de las técnicas terapéuticas (RU 67). No es una «cosa» que se

recibe. Es un gesto que, como los demás sacramentos, supone la fe y a la vez la alimenta, la robustece y la expresa por medio de palabras y cosas (SC 59). «En la Unción se expresa ante todo la fe que hay que hacer suscitar tanto en el que administra como, de manera especial, en el que recibe el sacramento» (RU 7).

El sacramento cristiano sólo es sacramento en el horizonte de la fe.

Exige, por tanto, una respuesta personal, libre y consciente.

La eficacia del sacramento proviene de Cristo, que es su autor, pero no actúa si el enfermo no se abre y se adhiere a Él por medio de la fe. «Lo que salvará al enfermo es su fe y la fe de la Iglesia, que mira a la muerte y resurrección de Cristo» (RU 7).

La oración de la fe de la Iglesia, elemento principal de la acción sacramental junto con la «unción» (Sant 5,15), pone de manifiesto que la Unción no es un medio que actúa de manera mecánica y mágica, sino que se ordena a

actualizar la relación personal del enfermo con Dios. La oración de la Iglesia por el enfermo no es una palabra mágica, sino la plegaria de intercesión al Señor de la vida y de la muerte por el hermano enfermo, para que le auxilie, le alivie y le salve.

La oración de la fe por el enfermo no trata tanto de presionar a Dios para que le cure, sino de ayudar al enfermo a restaurar su espíritu filial en el Padre, a abandonarse en Él con Cristo y a poner en sus manos la salud. Ese espíritu filial y abandono en el Padre puede

sanar las heridas de su cuerpo y de su espíritu. La oración de la Iglesia no puede asegurarle al enfermo todo lo que legítimamente pide a Dios, pero sí el auxilio del Señor que le capacita para transformar su desgracia e infortunio en situación salvífica.

La unción con el óleo es una acción simbólica que expresa plásticamente, por una parte, el gesto fraternal de la comunidad que, atenta a la prueba por la que pasa el enfermo, viene en su ayuda; y por otra parte, lo que se espera de la plegaria por él: un fortalecimiento y una curación.

CUANDO DIOS NO CURA

Paco tiene setenta años. Padre de familia, seis hijos y varios nietos.

Miembro de una comunidad cristiana. Enfermedad incurable: cáncer de hígado.

Cuando Paco supo, porque así lo quería, que su mal clínicamente no tenía remedio, su primera reacción fue de entrega total a la voluntad de Dios; se puso en sus manos. No se trataba de una simple resignación, sino de una actitud activa y confiada: «Como un niño en brazos de su madre» (Sal 131,2). Paco cree que Cristo puede curarle, pero dice: «Que los demás pidan, si quieren mi curación; yo me entrego a la voluntad del Señor porque sé que Él me quiere más que yo mismo».

Ciertamente, el suyo no es un camino de rosas; la enfermedad es un mal.

Ora fuertemente, con palabras tomadas de los salmos: «En el fondo de mi angustia voy buscando al Señor; por la noche tiendo mis manos hacia Él sin descanso» (Sal 77,30). Para Paco el sufrimiento se ha transformado en un sufrir con esperanza. Es evidente que lo vive en el Señor: «El Señor está aquí conmigo», decía. Y añadía, tocándose la mejilla: «Cara a cara».

Rodeado del amor y las delicadezas de los suyos, recibe los obvios cuidados médicos. Pero no sólo eso: «La escucha de la Palabra y la oración con los hermanos le alivia físicamente». En medio de la enfermedad, no sólo cuenta con el aceite que cura las heridas, sino también con la fuerza del Espíritu.

Paco evangeliza desde su enfermedad. Agradece los pequeños detalles.

Prepara sus cosas: «Organiza rectamente sus asuntos» (Sal 112,5). Vive a fondo cada momento. Sorprenden su paz, su bondad, su paciencia, su esperanza 7.

3.3 La Unción, consagración del enfermo para una misión: evangelizar desde su situación

EL SACRAMENTO de la Unción inserta al enfermo, como enfermo, en el misterio pascual de Cristo, del que ya participa como bautizado, y le confía la misión de evangelizar desde la enfermedad en la comunidad cristiana y en el mundo

¿CÓMO EVANGELIZA EL ENFERMO? ENFERMOS/EVORS

Siguiendo el mensaje de los obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral con motivo del Día del Enfermo del año 1986, voy a exponer cómo el enfermo puede evangelizarnos desde su enfermedad 8.

1 El enfermo evangeliza siendo un testigo que nos ayuda a ser realistas en un mundo que vive de apariencias, de espaldas a la enfermedad, el sufrimiento y la muerte, porque nos recuerda que somos frágiles, limitados, mortales, pero con un caudal de energías ocultas muy considerables. Nos ayuda a experimentar la necesidad que tenemos de ser salvados.

Hoy os hago una llamada urgente: No olvidéis a los enfermos ni a las personas de edad. No los releguéis al margen de la sociedad. Si así lo hicierais, es que ignoráis lo que significan. Los enfermos y los ancianos, los disminuidos nos enseñan que la debilidad es una parte creativa de la vida humana y que el sufrimiento puede ser aceptado sin que se pierda la dignidad (JUAN PABLO II, Londres, 1982).

2 El enfermo evangeliza siendo testigo que enseña a relativizar los valores, que hacen al hombre inhumano, y a descubrir lo que importa verdaderamente. Pone en crisis valores que hoy están muy cotizados, como la eficacia a toda costa, la ambición de dinero, de poder y de éxito, el ansia de tener y de consumir, la belleza externa.

Vosotros, que vivís bajo la prueba, que os enfrentáis con el problema de la limitación, del dolor y de la soledad interior..., sois para nosotros una constante lección, que nos invita a relativizar tantos valores y formas de vida. Para vivir mejor los valores del Evangelio y desarrollar la solidaridad, la bondad, la ayuda y el amor (JUAN PABLO II a los enfermos de España. Zaragoza, 1982).

3 El enfermo evangeliza siendo testigo que nos llama a vivir y recuperar los valores fundamentales del Evangelio: la gratuidad de la existencia, el vivirla como don y realizarla como entrega, la fuerza del amor, el desinstalarse y andar ligeros de equipaje como peregrinos, la entereza en la hora de la prueba...

Los momentos de la enfermedad invitan a la reflexión sobre el fundamento, pero hace ver la escasa importancia que tiene aquello a lo que tanta importancia le damos. En el transcurso del vivir cotidiano, lo que tiene más importancia parece que la pierde, y lo que tiene menos, adquiere una enorme altura y se impone a nosotros mismos. En estas ocasiones se da uno cuenta, y yo creo que a todos los humanos les debe ocurrir igual, que los cargos, los honores, el poder son importantes, pero son menos importantes que el afecto. En momentos graves o en que se presentan las cosas con mucha gravedad, aunque después no tengan tanta, uno nota que quedan los andamios, que son en última instancia las virtudes a las que por lo común no damos la importancia que tienen: el respeto a los demás, el cariño a los demás y el sentirse uno respaldado por el amor. (E. TIERNO GALVÁN, Ya, 2 marzo 1985).

4 El enfermo evangeliza invitando, desde su postración, a la solidaridad humana, al amor servicial y sacrificado y a la reivindicación de sus derechos. El enfermo, como ser necesitado de atención, es para la comunidad cristiana el eco del Evangelio:

—que llama a ser sensibles ante la necesidad del otro, a conmoverse ante la desgracia del prójimo, a ser misericordioso;

—que llama a solidarizarse con el enfermo y da la oportunidad y la posibilidad de ser prójimo. Ante la pregunta que tantas veces se hacen los sanos: ¿quién es mi prójimo?, el enfermo responde: El prójimo eres tú para mí, si me atiendes (Lc 10,25-37);

—que llama al amor desinteresado. El enfermo nos da la oportunidad de entregarnos sin esperar nada a cambio.

El sufrimiento, que bajo tantas formas diversas, está presente en el mundo humano, está también presente para irradiar el amor al hombre, precisamente ese desinteresado don del propio «yo» en favor de los demás hombres, de los hombres que sufren. Podría decirse que el mundo del sufrimiento humano invoca sin pausa otro mundo: el del amor humano... desinteresado» (SD 29).

5 El enfermo evangeliza, mostrando «el rostro de Jesús y lo más original y llamativo del Dios cristiano: un Dios sufriente que comparte por amor hasta el fondo el dolor del hombre, y así nos salva».

6 El enfermo evangeliza, siendo un testigo vivo, cuando vive con sentido cristiano cada una de las etapas de su enfermedad, «de que es posible mantener el vigor de la esperanza, la paz serena e incluso la alegría; ser fiel al Dios que siempre es fiel; luchar contra la enfermedad, asumirla con amor, y madurar humana y cristianamente».

Cuando los médicos me diagnosticaron distrofia muscular progresiva, tenía diecinueve-veinte años. Tengo que agradecer la formación recibida y la ayuda del sacerdote. Todo esto me ayudó a recibir la enfermedad con gran paz y ánimo dispuesto. En aceptación, pero también en lucha... La formación y riqueza humano-espiritual recibida-adquirida como militante de un movimiento de Iglesia -Fraternidad cristiana de Enfermos y Minusválidos- ha supuesto paramí una auténtica «catequización» que me ha dispuesto a aceptar gozosamente la voluntad de Dios. Tengo ahora cuarenta y cuatro años y hace diecinueve meses que estoy en cama. A lo largo de mi enfermedad, han sido cinco las veces que he recibido-celebrado la Unción de los Enfermos; dos comunitariamente (dos años consecutivamente, en Lourdes); las otras tres, de forma espaciada, en «comunidad» (mi familia y un reducido número de amigos íntimos).

La situación de enfermedad «sacramentalizada» por la Unción me ha ayudado y me ayuda a abrirme a la llamada del Padre que me impulsa a realizar, desear y buscar el proyecto de Jesús: ser para los demás. De ese Jesús que vive para dar, para que tengan vida, para que conozcan al Padre. Y como Jesús y María, como los profetas y los apóstoles, también yo «me siento llamada y enviada a tener y dar vida». Porque la «vida» ya no es sólo para una misma, sino para el mundo, para los hombres, para que crezca, se comunique, se manifieste (JUANI AIZPURUA, Zumaia, Guipúzcoa) 9.

RUDESINDO DELGADO

LA UNCIÓN DE ENFERMOSEN LA COMUNIDAD CRISTIANA, HOY
Cátedra de Teología Contemporánea Colegio Mayor CHAMINADE. Madrid 1988

6. PASTORAL MISIONERA, n.º 148: La enfermedad y la muerte, tabú del s. xx, pág. 436.

7. DEPARTAMENTO DE PASTORAL SANITARIA: Los enfermos nos evangelizan. Catequesis de Adultos, Día del Enfermos 1986.

8. BOLETÍN OFICIAL DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, no 10: Día del Enfermo, 1986 (Mensaje de los obispos de la Comisión episcopal de Pastoral), pág. 95.

9. AIZPURUA, J.: Unción de Enfermos. Experiencia, en «Communio», septiembre-octubre 1983, págs. 478 ss.

Significación salvífica de la Unción de Enfermos

I. Doctrina de la Iglesia

1. El Concilio de Trento dice sobre la virtud salvífica de la extremaunción (Sesión XIV, cap. 2): "Ahora bien, la realidad y el efecto de este sacramento se explican por las palabras: Y la oración de la fe salvará al enfermo y los pecados que hubiere cometido le serán perdonados (St 5, 15). Porque esta realidad es la gracia del Espíritu Santo, cuya unción limpia las culpas, si alguna queda aún para expiar, y las reliquias del pecado, y alivia y fortalece el alma del enfermo (can. 2), excitando en él una grande confianza en la divina misericordia, por la que, animado el enfermo, soporta con más facilidad las incomodidades y trabajos de la enfermedad, resiste mejor a las tentaciones del demonio que acecha a su calcañar (Gen. 3, 15) y a veces, cuando conviniere a la salvación del alma, recobra la salud del cuerpo." (D. 909). Cfr. canon 2.

2. Interpretando esta explicación podemos decir: también el sacramento de la extremaunción es primariamente una revelación de la gloria de Dios; como todo lo creado sirve, en primer lugar, a la gloria de Dios. Dios se revela en la extremaunción como el Poderoso y el Santo, como Justicia y Amor. Enfermedad y muerte, que quedaron también en el hombre redimido como recuerdos y señales del pecado, actualizaran para el hombre el misterio de Dios bajo el punto de vista de la santidad y justicia. En la extremaunción, como veremos en seguida, el hombre es ungido y armado para que su muerte sea una participación de la muerte de Cristo. El Padre celestial mismo concede a este sacramento participación en la muerte de Cristo de manera que puedan realizarse en él la virtud curativa y de gracia de la muerte de Cristo. Dios, que en la muerte de Cristo se reveló como Juez y a la vez como perdonador y misericordioso, se revela en la extremaunción -sacramento de la consagración para la muerte-, como el Santo y Justo y como el Perdonador y Misericordioso. La muerte de Cristo fue tránsito hacia la vida; en ella se realizó la gloria de Dios en cuanto plenitud de vida y victoria sobre la muerte. Dios se revela, por tanto, en la extremaunción, garantía de la participación en la muerte de Cristo, como Dios vivo, como la Vida misma. En la extrema debilidad y en el extremo abandono del hombre, allí donde declina toda gloria de lo terrestre surgen radiantes para los ojos de la fe el poder victorioso de Dios y su omnipotencia. El reino de Dios se instaura en la debilidad humana.

II. Comunidad con Cristo

1. Dios, Padre celestial, revela en la extremaunción su gloria a través de la muerte y resurrección de Cristo, ya que en la extremaunción el bautizado es consagrado para participar en la muerte y resurrección de Cristo. En este sacramento se realiza la virtud vencedora y victoriosa de Cristo que muere y resucita. Quien recibe la extremaunción se convierte en representación y aparición de Cristo, que llega a la gloria pasando por la muerte y la resurrección. Si, según San Agustín, el cristiano debe ser llamado en cierto modo Cristo, el ungido con la extremaunción puede ser llamado en cierto modo Cristo crucificado y resucitado para la gloria; es un monumento en honor del Señor muerto por nosotros de mucho más valor que todos los monumentos de piedra.

2. Cuando el que recibe la extremaunción capta en su conciencia y corazón este sentido primario del sacramento, lo que fue primero glorificación objetiva de Dios se convierte en honra consciente y voluntaria de la gloria del Padre celestial y de Cristo sacrificado en la cruz; con amor y entrega entra en la angustia de la muerte en la pasión y muerte de Cristo, en el juicio y gracia de su muerte. La preparación para la muerte obrada en el sacramento de la extremaunción se convierte así en obediencia al Padre celestial que juzga y perdona en la muerte. Sólo quien está unido en el Espíritu Santo y a través de Cristo con el Padre puede estar así dispuesto.

3. Dios revela siempre su gloria realizándola en modos finitos. El Padre celestial revela su gloria en la extremaunción a través de Cristo, configurando a quien recibe el sacramento con su Hijo encarnado y glorificado a través de la cruz. La configuración de quien recibe el sacramento con Cristo es el efecto fundamental que obra la extremaunción en quien la recibe. San Alberto Magno dice (Comentario a las Sentencias, lib. 4, ses. I, art. 2):

"Mediante la

unción somos asemejados al Resucitado. Es administrada a los moribundos en el signo de la unción junto con la gloria futura, cuando los elegidos han sido completamente despojados de la mortalidad."

Ya en el bautismo y confirmación es el hombre asemejado a Cristo; la semejanza a Cristo, fundada en el bautismo y confirmación, concede a quien recibe esos sacramentos participación en el reino, doctrina y sacrificio del Señor; le da también un puesto especial dentro de la Iglesia. Tal semejanza tiene significación duradera; no puede ser borrada. La semejanza a Cristo obrada en la extremaunción no es un sello indeleble como el carácter del bautismo y de la confirmación; más bien completa lo ocurrido en ellos; aclara y destaca algunos rasgos de la semejanza a Cristo obrada en el bautismo y confirmación; termina de conformar y configurar la imagen del Señor desde un determinado punto de vista en quien recibe el sacramento; le hace semejante a Cristo, en cuanto logra a través de la muerte la gloria perfecta y patente del cielo y se sienta a la diestra del Padre.

Este es el efecto mentado por la unción. Siempre habían sido ungidos los reyes y sacerdotes; la unción significa,

por tanto, una vida regia y sacerdotal, la participación en la vida regia y sacerdotal que Cristo empezó en sus días mortales y cumple ahora perfectamente en el reino del Padre, junto con los ángeles y bienaventurados. La unción es a la vez un símbolo del Espíritu Santo. El Espíritu Santo consagró a Cristo para rey y sacrificador; el Espíritu Santo es quien configura según la imagen de Cristo al que recibe el sacramento, o más exactamente: El Padre configura al hombre según la imagen de su Hijo encarnado, crucificado y glorificado, en el Espíritu Santo, en el amor personificado que es el Espíritu Santo. Mediante la extremaunción se perfecciona y completa para la revelación del cielo la participación en el reinado y sacerdocio de Cristo. fundada en el bautismo y confirmación.

4. La nueva asimilación a Cristo implica una unión más viva del hombre con Cristo. Quien recibe la extremaunción es injertado más hondamente en la muerte de Cristo y consagrado así para la vuelta al Padre.

La entrada en la casa del Padre celestial significa a la vez la entrada en las filas de los ángeles y bienaventurados.

Págs. 644-647

.....

La mayor asimilación y unión con Cristo significan, sobre todo, un fortalecimiento de la vida divina: una comunidad más íntima con el Dios trinitario, aumento de la gracia santificante y perdón de los pecados y de sus consecuencias.

El fortalecimiento de la vida divina ocurre en los enfermos que reciben la extremaunción, en vistas a la situación especial en que les pone la enfermedad. Incluye, por tanto, las ayudas de Dios necesarias y útiles para dominar su situación. Si la muerte es el punto culminante y la piedra de toque de la vida, su realización necesitaba un auxilio especial de Dios; gracias a él el hombre se fortalece contra los ataques de la desesperación, contra la impaciencia en los dolores y contra los ataques del diablo. Dios mismo despierta la confianza segura en su misericordia y en su resistencia victoriosa frente a las amenazas del cuerpo y del alma.

"Mientras que el primer efecto de la gracia afecta y cura la ley y el hecho de la muerte como tal, incorpora del todo a la obra salvadora de Cristo, sacando del dominio de Satanás y libera del aguijón venenoso de la maldición, el segundo efecto (fortalecimiento del alma) atañe a la lucha de la muerte como tal, a las dificultades especiales del último combate, a las propias

impugnaciones del hombre que muere. Cuanto más entorpecido está el espíritu por las perturbaciones de los órganos sensoriales, con mayor fuerza es influida la fantasía por los estados morbosos del cuerpo e incluso sería accesible a las influencias diabólicas, si no se las enfrentaran las fuerzas protectoras del cielo. Pero como el espíritu está claro y libre, el recuerdo de las faltas y errores anteriores y de las obligaciones no cumplidas pueden deprimirle excesivamente, desanimarle y asustarle. A este respecto hay que tener en cuenta, sobre todo, las situaciones que determinaron la vida pasada, pero que no fueron consideradas como objeto propio de la confesión, aunque estaban en estrecha y personalísima relación con la conciencia moral y la vocación ética.

En esta situación la extremaunción es la mano que el Salvador ofrece a Pedro cuando se está ahogando para mantener a salvo el alma, aunque la vida terrena se hunda en las olas del mar y de la tempestad. A estas expresiones trágicas se suman todavía el pecado y la culpa, sea en la forma de locura acusadora, en que aparecen los pecados habituales, ahora cuando el cuerpo se deshace, sea en forma de último intento de agarrarse a los amados ídolos, antes de que se rompa del todo la apariencia adulatoria.

Señor, ayúdame, grita San Pedro, ayúdame a librarme de las garras de las debilidades interiores y exteriores.

Hombre de poca fe, ¿por qué dudas?, le dice el Salvador. Fortalecido por el espíritu de Jesús, por el espíritu de la extremaunción, por el Dios de toda consolación, Pedro cumple la tarea que aceptó... él, el tímido y cobarde.

"Señor, si eres Tú, manda que vaya hacia Ti sobre las aguas." El Señor llamó a Pedro: "ven". En la virtud del Espíritu Santo, que unge también a los que mueren, Pedro caminó incólume sobre las aguas y llegó hasta el Señor de la vida" (Schell). A los enfermos se dirige, pues, lo que dice el Apocalipsis de San Juan: "Y puso el Cristo su diestra sobre mí, diciendo: no temas; yo soy el primero y el último y el que Vive; y estuve muerto y he aquí que estoy vivo por los siglos de los siglos; y tengo las llaves de la muerte y del infierno" (1, 17-18). "Al que venciere le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono" (3, 21).

III. La extremaunción borra los pecados

I. Como la extremaunción aumenta la comunidad con Cristo y a través de El la comunidad con el Dios trinitario, la extremaunción supera las dificultades e impedimentos de la unión con Cristo: los pecados y las penas de los pecados. Para borrar los pecados y sus penas está destinado primariamente el sacramento de la penitencia; pero la extremaunción también es un medio independiente para borrar los pecados. Supera los pecados y penas que no fueron alcanzados por la penitencia sacramental.

Santo Tomás de Aquino dice en la Suma contra los Gentiles (lib. 4, cap. 73): "Mas, como el hombre por negligencia o por las varias ocupaciones de la vida, o también por causa de la brevedad del tiempo o cosas parecidas, no cura de raíz y perfectamente dichos defectos, se le provee saludablemente para que por

este sacramento logre dicha curación y se libre de la pena temporal, de modo que, al salir el alma del cuerpo, nada haya en él que pueda impedir a su alma la percepción de la gloria. Y por esto dice Santiago que el "Señor le aligerará". Acontece también que el hombre no conoce o no recuerda todos los pecados que cometió, con el fin de borrar cada uno de ellos por la penitencia. Hay, además, pecados cotidianos que acompañan de continuo la vida presente, de los cuales es conveniente que se purifique el hombre por este sacramento al partir, con la finalidad de que nada haya en él que impida la percepción de la gloria. Y por esto añade Santiago:

"Si está en pecado, se le perdonará."

Vimos la extremaunción como plenitud y acabamiento del bautismo y de la confirmación y podemos verla ahora como plenitud de la penitencia (cfr. Schuster, Liber sacramentorum 1, 207-212).

Concede, como dice Santo Tomás después del texto citado, la completa salud espiritual del hombre y prepara a quien la recibe para recibir la gloria; por tanto, aparta todo estorbo que se interponga en su camino de entrada a la gloria de Dios. La extremaunción fue instituida por Cristo con este fin. Aunque no sea su efecto principal el borrar los pecados, también se ordena al perdón de los mismos. Condición por parte de quien la recibe es que se aparte del pecado y se convierta a Dios, por tanto, que tenga al menos arrepentimiento imperfecto. Se puede decir que la conversión a Dios implica la aversión de todos los pecados graves, aunque no se recuerden los pecados graves cometidos ni sean objeto expreso de arrepentimiento.

2. Normalmente la extremaunción sólo borra los pecados leves.

La extremaunción es sacramento de vivos; por tanto, el que se sabe culpable de pecado grave debe liberarse de él antes de recibir la extremaunción. Pero cuando el hombre está atado con las ligaduras de la enfermedad y paralizado por la debilidad de la naturaleza que se deshace, tiene obstaculizado el camino del arrepentimiento perfecto. Cuando no puede recibir el sacramento de la penitencia, para cuya recepción basta el arrepentimiento imperfecto, le son perdonados también los pecados graves por el sacramento de la extremaunción. Dios no permite que pierda la salvación quien está atado por la enfermedad y debilidad; enfermedad y muerte son en último término consecuencias y efectos del pecado; son, pues, ligaduras con las que Satanás esclaviza a los hombres. Como el diablo fue vencido por la obra redentora de Cristo, Dios ha previsto que los que no pueden hacer ya arrepentimiento perfecto ni usar el sacramento de la penitencia por culpa de la enfermedad y de la muerte, no pierdan la salvación, para que el diablo no triunfe sobre quien está unido a Cristo por el bautismo.

Para recibir la extremaunción basta que quien la recibe se encuentre en estado de conversión a Dios y en el de arrepentimiento imperfecto implicado en ella, aunque a consecuencia de la falta de conciencia y de debilidad no pueda despertar un arrepentimiento consciente y actual. El estado de arrepentimiento imperfecto debe suponerse en un católico serio.

Cuando, después de recibir la extremaunción, es posible confesar los pecados graves, debe hacerse, porque, como hemos visto, todo pecado grave debe ser sometido al poder de las llaves de la Iglesia.

La extremaunción es también plenitud de la penitencia en el sentido de que borra también las penas del pecado, supera la inclinación al pecado y la debilidad de voluntad originadas por el hecho del pecado. No supera, claro está, inmediatamente esa debilidad de la voluntad y esa inclinación a pecar, sino que fortalece la voluntad en su entrega al bien y a Dios de una manera que pueda dominar las tentaciones. Págs.648-651

SCHMAUS TEOLOGIA DOGMATICA VI LOS SACRAMENTOS

RIALP. MADRID 1961